

La muerte en el valle de Quetzalcóatl

Fernando Mercado-Pérez

Subo poco a poco cada escalón angosto, trepidante, y cada piedra que mi zapato toca firma la sentencia; voy caminando sobre llagas abiertas y coagulantes, dejando a mi paso un río de sangre; mi respiración es agitada, como si mi corazón fuera a fallar; la colina de rocas se torna cada vez más pesada.

Recuerdo a mi madre llamarme por mi nombre cuando caminábamos por el Panteón de la Soledad para dejar flores olorosas y comida en la tumba de mi abuela, allá en esa ciudad tan fría que helaba mi corazón de chiquillo, aquel corazón que ahora se condensa, mi natal Toluca. Mi madre me decía con una voz ansiosa, con miedo de que me resbalara entre las fosas y tirara las mandarinas de temporada: —¡Yarden!, ¡no te vayas a caer!, ¡si te caes te voy a pegar! —No me acobardaba lo que decía, me parecía fantástico andar a toda velocidad entre los corredores de tierra del camposanto. Me acerqué a la tumba de mi abuela y dejé todas las ofrendas enfrente de la sacra cruz de madera hundida entre las piedrillas de arena que protegían el ataúd enterrado dos metros abajo. Corrí con todas mis fuerzas, sintiéndome libre, pero perdí a mi madre y al no encontrarla experimenté la verdadera incertidumbre. La busqué de lado a lado, sentí una fuerza oculta entre los árboles llorones del panteón, la atmósfera se puso cada vez más fría y desencantada. Fue en ese momento cuando mi madre me tomó del brazo y con fuerza me dio un golpe en la mano —¡Te estoy diciendo que no te vayas...! —Lo que no sabía es que aún no había regresado.

Cuando llegué a Morelos para trabajar como reportero en el periódico comunitario *El Río*, nunca me imaginé que iba a extrañar la sensación del frío en mis huesos y helando mis pies. Todo era muy diferente, y al estar acostumbrado al clima de mi ciudad el calor era una tortura cruel. En mis años allá, en aquel Estado verde, me enamoré de una mujer, joven, hermosa y serena; sin embargo, aunque daba algunas pruebas de atención, jamás correspondió a mi amor. Me sentí desolado en mi último año en aquel lugar, pero nunca como en el pasado octubre, cuando la encontré con otro hombre en las orillas del mercado de Tepoztlán.

Ese maldito y melancólico día me mandaron a cubrir una nota sobre el asesinato de un individuo a las faldas del cerro, testigos dicen que solo se le vio bañado por un río de sangre. Estaba recogiendo mis cosas para ir a casa cuando los vi...

—¿De qué manera te olvido? —dije entre mí. ¿Cómo olvidar sus ojos, que me enviaban al infierno? Estaba sujeta de su brazo. Él no notó mi presencia, pero ella sí... dibujó una sonrisa entrecortada en su rostro. Me miraba... y me miraba... y más sonreía, como si no supiera que me estaba torturando, hundiendo clavos oxidados en mi corazón. Era como si lo disfrutara, y una vez más experimenté aquella incertidumbre de cuando era niño. Observé al cielo, me sentía derrotado y recordé la única canción de pérdida que sabía; mi madre la cantaba en los rosarios de mi abuela, el salmo 137:

*En los ríos de Babilonia nos sentábamos
y llorábamos al recordar a Sión,
nuestros captores nos decían que cantáramos
para entretenerlos, una canción de Jerusalén nos pedían,
¿cómo íbamos a cantar una canción de Sión en tierra extraña?*

Mi fracaso, tantos poemas de pasión que le hice, todo el amor que le serví, la fidelidad que le entregué. Bajé a mi Dios crucificado y sangriento del altar y la subí a ella, le prendí inciensos, traicioné al creador por aquel ídolo de carne, me hice pagano. Le recé tantas veces, pero no me contestó... sedujo a otro hombre, y lo entendí: ella era el enemigo, lo supe por su sonrisa de victoria.

Mis ojos se volvieron oscuros para ocultar mi derrota, el destino que busqué daba frutos negros y se burlaba de mi dolor, la vida me susurró las palabras más dolorosas: No, simplemente no. Seguí con la mirada al cielo y le sonreí a Dios —Gracias— le dije melancólico. Fue allí cuando una fuerza sobrenatural me llamó como un imán. Me atraía un lugar, el sol lloraba de agonía y me guiaba con fuerza, se veía hambriento, como si fuera a morir, estaba agonizante. Me fui perdiendo entre la gente del

mercado. Caminé por horas hasta que llegué a este centro de rituales prehispánicos, las pirámides de Xochicalco. Y para este punto sabía que cada escalón venía a recorrer mi línea finita.

El sol murió, la noche se manifestó y la neblina, con lástima, como compadeciéndose de mí, me abrazó. El viento gritaba como nunca. En la punta de la pirámide no era Morelos sino un umbral, el árbol de la vida, el templo de Salomón, mi tierra, el clima de la ciudad en la que crecí, el tiempo de aquella historia en el Panteón de la Soledad. Fui caminando por el laberinto de paredes y oí susurros que decían en lengua extraña, o tal vez mi lengua era la extraña: —Es el elegido. —Me encontraba en el punto más alto, se escuchaban cantos que eran flor. Espíritus, o tal vez ancestros, me rodearon en círculo, cantaban y bailaban alrededor de mí; me resigné.

Uno de ellos me dio un puñal envuelto en un pedazo de manta con una gota de sangre, ya sabía lo que debía hacer: me tenía que liberar. Todos mis compañeros me invitaban a hacerlo, señalaban al sol moribundo y me decían: —Sálvalo, sé el liberador. —Sin dudar, tomé el arma, e inspirado por la sonrisa maldita limpié mi alma destruyendo la prisión terrenal que me hacía aferrarme al mundo.

En ese momento, la serpiente me visitó y de ella brotó un manantial gigantesco que llenaba de pureza aquel centro ceremonial. El azul se manifestó desde la pirámide más chica hasta donde estaba yo. El árbol nacido por la piedra me llamó por mi nombre, pude ver mis huesos a través de rocas y sentí que renací; amaneció y después... se hizo presente la muerte en el valle de Quetzalcóatl.

FERNANDO MERCADO PÉREZ. Egresado de la Licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Autónoma del Estado de México (uaemex). En 2021 presentó la ponencia “Terror de pandemia en ‘La máscara de la muerte roja’” en el XIV Necroloquio de Putrefacción Múltiple, realizado en la Facultad de Humanidades de la uaemex. Su poema “Los ángeles descienden” fue publicado en 2023 en la revista *Tlamatini. Mosaico Humanístico*. En el mismo año fue coordinador general del XVI Necroloquio de Putrefacción Múltiple. Su cuento “El niño de los ojos de diamante” apareció en 2024 en la revista *Acuarela Humanística*. Presentó los libros *Memorias de mi pueblo I* y *Compendio histórico de Tultitlán. Tomo IV* en la Feria Internacional del Libro Estado de México (FILEM 2024). Es estudioso de la filosofía, la literatura, la psicología analítica y el psicoanálisis.

Recibido: 25 de abril de 2024

Aprobado: 15 de octubre de 2024